

La sonrisa de Hans ·capítulo 2·

La casa le impresionó. Era una construcción solitaria de por lo menos tres plantas con un enorme tejado negro que nacía del segundo piso. El jardín que la rodeaba estaba muy descuidado y aquí y allí brotaban plantas grandes y pequeñas, todas desordenadas. Había, también, un pozo, un banco, una moto de La Segunda Guerra Mundial y otros objetos que Hans no logró identificar y que se camuflaban bajo una capa de óxido.

En ese momento a Hans le pareció ver como una sombra se escondía al fondo del jardín. Y no era la primera vez que algo semejante le sucedía esa mañana. Al pasar por el parque de los patos había distinguido a dos siluetas ocultándose de manera precipitada. Encaminándose hacia la entrada el pulso se le aceleró y empezó a notar los latidos de su corazón, tanto que no fue consciente de cómo su mano empujaba la puerta.

- Hola – dijo sin poner demasiada confianza en que alguien respondiera.

Una bocanada de aire húmedo, de atmósfera cerrada y moho llegó hasta él. Estaba en un hall alto coronado por una gran lámpara de araña y en el cual comenzaba una escalera que girando se elevaba majestuosa y llena de polvo hasta la segunda planta.

- Hola – repitió Hans.

El silencio era absoluto, estremecedor y sólo el crujir de alguna tabla ante los tímidos pasos de Hans quebraba aquel clima que le llevó al salón de la casa. La luz penetraba por las persianas rotas como una especie de foco que alguien había colocado allí y que estaba dirigido hacia un cuadro colgado en la pared. En él, un hombre miraba desafiante con una mano en la cadera y la otra apoyada en el marco de una puerta, su pelo era blanco, sus ojos, penetrantes, fijos y oscuros y en su boca se percibía una sonrisa medio burlona.

- El doctor Blumenkohl, supongo- dijo Hans recordando no sabía muy bien el qué.

Se dio la vuelta y vio encima de un cojín, en el sillón orejero junto a la chimenea, una llave dorada reluciente, extrañamente nueva. Como hipnotizado se dirigió hacia ella. De la llave colgaba mediante una cadena también dorada una tarjeta metálica donde estaba grabada una palabra en letras mayúsculas que se dejaba ver con claridad cuando un haz de luz perdido rebotaba. D, E, S, V, A, N,... desván leyó Hans y levantó los ojos mirando hacia el techo.

Supo entonces lo que tenía que hacer, salió del salón y notó un chasquido exterior, una especie de susurro y un cambio de luz, miró hacia la ventana y quiso imaginar una nueva sombra que se escapaba otra vez, porque en realidad nada vio. Más intranquilo aún suspiró, casi jadeó, y se encaminó hacia la escalera que aparecía como un enigma que le alejaba del inquietante exterior y de sus siluetas.

La escalera bien pudiera por su tamaño haber recibido los pasos de Hans y cuatro amigos más pero, para la desgracia de su visitante, él ascendía solo y veía cómo los listones del suelo iban empequeñeciéndose formando líneas cada vez más delgadas con cada escalón que subía. Al llegar al final contempló la segunda planta distribuida a lo largo de un pasillo que parecía no acabar. Una puerta, dos, tres, innumerables puertas iban sucediéndose separadas por cuadros, vidrieras, armarios, lámparas y sillones. Hans avanzaba, miraba atrás y seguía avanzando. Llegó así a una nueva escalera: Eran veinte peldaños a través de un pasadizo ascendente y estrecho al final del cual Hans hubiera creído cualquier cosa que hubiese visto, tal era el estado de su espíritu. Hubiera creído cualquier cosa y, sin embargo, jamás hubiese imaginado que en un lugar como aquel pudiera existir algo así. Cables, superficies polvorientas, pulidas, algunas muy brillantes, botones de colores, máquinas, si es que aquello lo eran, nunca vistas .